

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

74

LETRAS LIBRES
OCTUBRE 2012

CATALUÑA EL ENSUEÑO CATALÁN

✎ XAVIER PERICAY

¿Y ahora qué? Eso deben de estar preguntando no pocos catalanes desde que el pasado 11 de septiembre una multitud bastante desacostumbrada y, aun así, muy inferior a la pregonada por los medios de comunicación se concentró en Barcelona para pedir, según rezaba el lema de la marcha, que Cataluña se convierta algún día en un “nuevo Estado de Europa”. Es verdad que en las jornadas posteriores a la manifestación el presidente de la Generalitat dio algunas pistas sobre lo que lleva en la cabeza –o lo que llevaba, que las cosas cambian que es un gusto y más si se repara en lo que puede haber ocurrido entre la escritura de este artículo y la fecha en que va a salir publicado–. Pero todas esas pistas aportadas hasta aquí por Artur Mas parecen más producto del deseo y del ensueño que de otra cosa. Que si Cataluña debe dotarse de estructuras de Estado –¿o sea?–. Que si una Cataluña independiente no precisará de un ejército –¿y quién la va a proteger en caso de necesidad?, ¿España?–. Que si el tener que abandonar la Unión Europea y el euro no supondrá nin-

gún quebranto –¿ah, no?, ¿desde cuándo?–. Que si las relaciones entre Cataluña y lo que quede de España van a mantenerse y seguirán siendo intensísimas –¿y cómo lo sabe?–. En definitiva, palabras. Y, de momento, ninguna hoja de ruta, ningún calendario, ninguna concreción que permita intuir si el envite va en serio o si es, como tantas otras veces, una forma de tener contenta a la parroquia nacionalista y sacar, de paso, alguna tajada.

Con todo, sí existe algo en esta ocasión manifestamente distinto a lo conocido y sufrido por los españoles a lo largo de esos treinta y dos años de tira y afloja entre centro y periferia, entre gobiernos del Estado y gobiernos de determinadas Autonomías. Ahora, por primera vez en la actual monarquía constitucional, el presidente de una parte de España ha expresado sin tapujos su simpatía por un movimiento separador y hasta se ha puesto al frente de él. (En realidad, sería más justo escribir que ha venido alentándolo y financiándolo, de modo directo o indirecto, desde que su partido, *Convergència i Unió*, recuperó el poder a fines de 2010.) Es cierto que, allá por 2005, el entonces *lebedakari* Ibarretxe ya intentó algo parecido, pero se quedó como quien dice en

el rellano, en la medida en que a su Estado libre asociado le faltaba aún un pasito para convertirse en una propuesta de Estado independiente –eso sí, Ibarretxe al menos tenía un plan, lo que, a estas alturas, no está claro que sea el caso de Mas.

Por otra parte, ese movimiento al que el presidente de la Generalitat ha dado alas se ha cimentado en dos pilares, a cuál más quebradizo a poco que uno se detenga a examinarlos. En primer lugar, el vinculado al proceso de reforma del Estatuto, culminado en julio de 2010, con aquella manifestación contra la sentencia del Tribunal Constitucional de la que el mismísimo presidente de la Generalitat José Montilla tuvo que huir por piernas para protegerse de las hordas independentistas. La tremenda irresponsabilidad del Partido Socialista –primero con su secretario general de entonces bendiciendo el texto que fuera a salir del Parlamento catalán y luego con el propio Grupo Parlamentario en el Congreso dando por buena una versión *cepillada* pero todavía anticonstitucional del Estatuto– trajo a un montón de catalanes la percepción de que habían sido engañados, no por un partido u otro, sino por las instituciones mismas del Estado. En síntesis, que ya no había nada que



Fotografía: Citras

+Un largo camino hacia ¿dónde?

esperar de *Madrid*. El otro pilar en que se sustenta el sentimiento independentista al que Mas se agarra es, por supuesto, el dinero. O, mejor dicho, su escasez, lo mismo en las arcas públicas que en los bolsillos de los contribuyentes. Cuando a los ciudadanos los van bombardeando con la cantinela de que “todo iría mucho mejor si España nos devolviera lo que nos debe”, o sea, con la necesidad de un pacto fiscal similar a los conciertos vasco y navarro, acaba resultando inútil cualquier referencia a la mala gestión del presupuesto, a la enormidad del déficit público de la Comunidad o al gasto nacionalmente suntuario de Cataluña.

Así las cosas, lo más probable es que en el futuro inmediato —y al margen de lo que den de sí los contactos intergubernamentales y, en especial, el que debe tener Mas con Mariano Rajoy— asistamos a un intento del presidente catalán por ganarse la confianza y la simpatía del empresariado catalán. Si el independentismo se ha cimentado en dos pilares, también son dos los principales obstáculos internos que sus valedores e impulsores deben vencer para llevar a puerto, tarde o temprano, sus proyectos. Uno es la opinión pública; otro, el mundo empresarial. Desde que el tripartito se constituyó en gobierno y hasta que logró sacar del Parlamento autonómico un proyecto de Estatuto inconstitucional de cabo a cabo —esto es, entre diciembre de 2003 y septiembre de 2005—, su principal empeño fue el de lograr salvar ambos obstáculos. El primero, el de la opinión pública catalana, no le supuso desgaste alguno. Nunca las aguas habían estado tan calmadas y sumisas. El segundo, el del empresariado, ya resultó algo más arduo. Finalmente, a finales de agosto de 2005, o sea, en el límite mismo del tiempo fijado para aprobar el proyecto legislativo, once grandes de la empresa catalana —entre los que se hallaban los Lara, Valls, Rosell, Rodés, Godó y Fainé— firmaron una carta dirigida al entonces presidente Maragall en la que le pedían un

nuevo Estatuto y que no era, al cabo, sino un texto que el propio presidente había pergeñado para que le expresaran su apoyo.

Ignoro qué puede ocurrir ahora con un supuesto *proceso hacia la independencia*. En fin, en cuanto al primero de los obstáculos no albergo duda alguna: las aguas siguen y seguirán igual de tranquilas que hace casi una década —algo más pestilentes, si cabe, lo cual resulta, en el fondo, inevitable—. El problema está en el segundo de los escollos. De momento parece que las caras más representativas del empresariado no quieren ni oír hablar de independencia. Aunque sí de pacto fiscal, por lo que es muy probable que escenifiquen en un futuro próximo una forma u otra de sostén a la vieja reclamación económica de ciU. ¿Es eso lo que persigue Mas? ¿Debe entenderse hoy en día el pacto fiscal como parte de lo que el propio protagonista denomina “transición nacional”? Y, sobre todo, una vez acabada esta etapa, ¿queda ya margen para otra que no sea la del ensueño presidencial? —

NEIL ARMSTRONG A LA LUNA DE VALENCIA

✎ BERTA VIAS MAHOU

Cuando oigo hablar de viajes al espacio me vienen a la mente unos versos de Pedro Casariego Córdoba: “mujeres soñadoras que ignoran que la luna es únicamente un aro de baloncesto más / para que se entrenen Collins, Glenn, Aldrin y también los rusos”. Pedro Casariego acababa de cumplir los catorce años cuando Armstrong se convirtió en el primer hombre que puso el pie en la superficie lunar y sin duda ese momento quedó marcado para siempre en su memoria. Él y sus hermanos más pequeños, al menos cinco de los siete que llegaría a tener, los que en aquel entonces no solo habían nacido, sino que podían enterarse un poco de lo que estaba ocurriendo, siguieron con expectación la aventura del *Apolo II*, desde que salió



Fotografía NASA

✚ El progreso retransmitido por televisión.

de Cabo Cañaveral hasta que llegó a la Luna y regresó a la Tierra.

El alunizaje se retransmitió en directo por televisión en buena parte del mundo. En nuestro país eran casi las cuatro de la mañana cuando Televisión Española emitió aquellas borrosas imágenes en blanco y negro. Pedro Casariego, sus hermanos y sus padres estaban sentados frente al televisor en un salón descarnado y vacío, porque la casa en la que vivían desde hacía poco seguía en obras. Su padre les había levantado de la cama un rato antes y les había dicho: “Es un paso inmenso. Será emocionante.” Aquel verano, inspirándose en las portadas de *ABC*, los seis niños dedicaron buena parte de sus juegos a reproducir con muñequitos cada episodio de la aventura espacial. Cuando Armstrong bajó con sus botas gordas y blancas por la escalerilla se sintieron aterrados. Aún se preguntaban si la Luna sería una masa sólida o simplemente una enorme concentración de polvo. Respiraron tranquilos al verle pasear por allí rebotando como una pelota.

Yo tenía solo ocho años. Acababa de hacer la primera comunión y, como la religión fue siempre algo ajeno en mi familia, con aquellas historias de santos y ángeles que me

contaron levitaba por los aires. La noche del 20 al 21 de julio de 1969 estábamos en Moralarzal, un pueblo de la sierra de Madrid al que íbamos a pasar los fines de semana y casi todas las vacaciones. En casa de unos amigos, los Felgueroso: Elena, que con su memoria increíble me ha ayudado a reconstruir los hechos, Carlos, Leticia y Anita. Debí de ser por entonces cuando yo, en plena racha mística, soñé que enseñaba a volar a la más pequeña. Planeando a pocos centímetros del suelo, cogidas de la mano y arrancando florecillas, nos golpeábamos con las piedras y los troncos de los árboles, pero nos reíamos de todo. Creo que nunca soñé con volar tan alto como Armstrong.

Un hombre introvertido de ojos azules y pelo rubio que desde pequeño sueña con volar, hasta el punto de convertirse en piloto y en astronauta y de ir a la Luna sin saber si podrá volver, un hombre que ha nacido en un pequeño pueblo llamado Wapakoneta, en el estado de Ohio, hijo de Stephen Koenig Armstrong y de Viola Louise Engel, parece un personaje de Sherwood Anderson, un personaje condenado a la mediocridad o al heroísmo más anónimo, que en el empeño por huir de la soledad se encuentra con otra aún mayor. Su destino tiene que ser triste o violento, mientras él imagina uno que al menos sea sorprendente. Y el de Neil Alden Armstrong lo fue. Fue un destino sonado.

Nosotros quisimos verlo, pero en la casa de Moral entonces no había luz eléctrica, y tampoco televisión. Por las noches nos iluminábamos con lamparillas que flotaban en aceite. Nos calentábamos con salamandras, aquellas estufas de hierro con ventanucos de mica que soltaban escamas y parecían naves espaciales, o junto al fuego de una chimenea. Y cocinábamos en un infiernillo de gas. Aquel 20 de julio, como cada domingo, el tío Carlos, el padre de nuestros amigos, apareció con una ristra de churros colgando de un junco verde y las porras para

el desayuno, pero también con un aparato de televisión. Y, con ayuda de mi padre, lo enchufó a la batería de su coche, sacando el cable por una ventana. Encima colocaron una antena de cuernos.

Después de cenar, nos sentamos repartidos por el sofá y sobre un par de sillones gordos y achaparrados, envueltos en trapos y mantas, porque allí, incluso en verano, en cuanto cae el sol refresca. Los mayores mataron el tiempo contando chistes y chascarrillos. Los Felgueroso, varios de sus primos, mi hermana y yo escuchábamos boquiabiertos. De vez en cuando alguien salía a ver las estrellas y a comprobar que la Luna seguía allá arriba. En cuarto creciente. También cambiaban el empalme de la televisión de la batería de un coche a la de otro para que no se gastara. Y estábamos a punto de ver el acontecimiento cuando a mí, acurrucada en uno de aquellos sillones repletos de niños, se me cerraron los ojos y me quedé dormida.

Aquellos eran años de experimentos. De fe en la ciencia, en el progreso. Y en la humanidad, a pesar de la Guerra Fría. Por el día en el campo algunos abrían ranas para hacer trasplantes de corazón, emulando a Barnard, mientras otros explorábamos cada rincón lupa en mano. El afán investigador no nos daba tregua. Nuestros padres eran ingenieros y nosotros, en especial las niñas, queríamos ser como ellos. Destripar motores. Arreglar electrodomésticos estropeados. Y descubrir satélites e incluso planetas. En naves fabricadas con poco más de cuatro palitroques, papel de plata, cinta americana y muchísimo arroz.

Sin embargo, para mí, los miembros de la tripulación del *Apolo II* en cierto modo eran como los tres cerditos del famoso cuento. Todos querían ser el protagonista y chinchaban a los demás. Al comandante Armstrong le tocó la gloria de ser el primero en poner el pie en la luna, pero dicen que Aldrin le hizo llevar la cámara, con lo que al final el que sale en la mayoría de las imágenes es él.

Aquella noche de julio de 1969 Armstrong pisó la Luna y terminó con la era de los descubrimientos. Pedro Casariego Córdoba pudo verlo, y sin duda lo recordó cuando su corazón gris se convirtió en miga de luna para las mujeres. Yo me quedé a la luna de Valencia. —

IN MEMÓRIAM UNA VIDA DEL SIGLO XX

✦ DANIEL GASCÓN

“E”s el gesto de un hombre que tras haber combatido a muerte la democracia la construye como quien expía un error de juventud, que la construye destruyendo sus propias ideas, que la construye negando a los suyos y negándose a sí mismo, que se apuesta entero en ella, que finalmente decide jugarse el tipo por ella”, escribe Javier Cercas en *Anatomía de un instante* sobre el tercer hombre, junto a Adolfo Suárez y el general Gutiérrez Mellado, que desobedeció las órdenes de los golpistas y no se tiró al suelo cuando el teniente coronel Tejero entró en el Congreso de los Diputados el 23 de febrero de 1981. El tercer hombre era Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista entre 1960 y 1982.

La vida de Santiago Carrillo (Gijón, 1915-Madrid, 2012) es una vida del siglo XX, y es un viaje a través de algunos de sus fantasmas: fue revolucionario bolchevique, burócrata estalinista, renovador de la izquierda junto a Berlinguer, pieza fundamental de la Transición y finalmente mito accesible, envuelto en tabaco y leyenda, para la televisión y la radio. En 1928 entró como aprendiz en *El Socialista* y se convirtió muy joven en secretario de las Juventudes Socialistas. Era partidario de la “vía revolucionaria” y de Largo Caballero. Su participación en la insurrección contra la República en octubre de 1934 le llevó a la cárcel. “Si me pregunta cuándo empecé a hacerme comunista”, declararía más tarde, “diría que fue precisamente en ese año y medio de prisión en Madrid

que terminó al día siguiente de las elecciones de febrero.” Lo deslumbró un viaje a la Unión Soviética en 1936 y al regresar proclamó la constitución de las Juventudes Socialistas Unificadas. En noviembre de ese mismo año, ingresó en el Partido Comunista Español. Y entonces se produjo el episodio más siniestro de su trayectoria: cuando era consejero de Orden Público de la Junta de Defensa de la capital asediada, miles de prisioneros que debían ser evacuados fueron fusilados en Paracuellos del Jarama, Torrejón de Ardoz y otras localidades cercanas. Carrillo nunca dio una explicación convincente. El historiador Paul Preston —que cifra el número de víctimas entre 2.200 y 2.700 personas— argumenta que la responsabilidad de la mayor atrocidad cometida en territorio republicano fue compartida, pero también sostiene que es imposible que Carrillo no estuviera enterado.

Fue más un hombre de partido y de poder que un teórico. Su participación en la retirada de las fuerzas que invadieron el valle de Arán en 1944 le dio prestigio, supo moverse a la sombra de Dolores Ibárruri hasta desbancarla y a menudo encarnó el principio, enunciado por Barizón en *Aquel domingo*, que postula que “la dialéctica es el arte y la manera de caer siempre de pie”. Se sintió literalmente iluminado por Stalin: “Si el camino está oscuro y no es fácil orientarse, hay una estrella polar que no falla: la Unión Soviética, el partido bolchevique, el camarada Stalin.” En 1948, el dirigente soviético ordenó al PCE infiltrarse en las organizaciones legales y abandonar la guerrilla. Más tarde, Carrillo —después de que Jruschov denunciara los crímenes de Stalin el XX Congreso del PCUS, y especialmente después de la invasión de Checoslovaquia, que condenó— se distanciaba de la URSS.

Las purgas estalinistas y el clima paranoico de la Guerra Fría también tuvieron efectos en el PCE, como atestiguan, entre otros,



♦ Santiago Carrillo, un líder de otro tiempo.

el proceso a Jesús Monzón. Según Gregorio Morán, Carrillo entendió que “denunciar a un oponente en el exilio, en la cárcel o muerto, no era difícil para quien dominaba los canales de información del exilio o de la cárcel, pero en la clandestinidad esto se convertía en más dificultoso y obligaba a apurar las calumnias hasta el punto que parecieran argumentos”. En sus *Memorias*, Carrillo escribió que “la dureza de la lucha no dejaba márgenes”.

En 1965, tras meses de debates internos, Jorge Semprún y Fernando Claudín fueron expulsados del partido acusados de desviacionistas, derechistas, revisionistas y de trabajo fraccional: cuestionaban la estrategia del partido, sostenían que el desarrollo económico español provocaría que el cambio fuera impulsado por la oligarquía del régimen, proponían aproximarse a las posiciones del Partido Comunista Italiano y pedían mayor democracia interna. Carrillo rebajaba la discusión a una cuestión de motivos:

los dos querían irse; Claudín estaba cansado y Semprún tenía ambiciones personales. Pero, aunque en sus memorias habla de ello como una “leyenda”, no tardaría en adoptar, con el eurocomunismo, estrategias cercanas a las que proponían Semprún y Claudín.

En la transición a la democracia y en su defensa de la reconciliación nacional, iniciada casi veinte años antes de la muerte del dictador, Santiago Carrillo tuvo sus mayores aciertos. Volvió clandestinamente en 1976 tras décadas de exilio, fue detenido unos días tras dar una rueda de prensa y se entrevistó con Suárez en secreto poco antes de la legalización del PCE en abril de 1977. Manejó bien los medios, y supo usar su ascendiente como revolucionario y antifranquista, y emplear la capacidad organizativa y la disciplina del partido. Sus decisiones arriesgadas —como la aceptación de la bandera y la corona— arrastraron a mucha gente de la izquierda. La reacción serena

del PCE tras la matanza de los abogados laboristas de Atocha en enero de 1977 impresionó a buena parte de la sociedad.

Por convicción o por cálculo, Carrillo supo intuir que los tiempos habían cambiado y promovió una cultura de acuerdos, reconciliación y respeto a las instituciones y a las reglas democráticas. También tuvo sus costes: el PCE, que no era un partido poderoso durante la República pero fue la organización más importante de la oposición antifranquista, nunca sería la fuerza mayoritaria de la izquierda en la democracia española, y Carrillo fue expulsado del partido en 1985. Era una de esas personalidades extraordinarias que se producen en tiempos anómalos, y uno casi prefiere que los líderes sean gente más anodina. Carrillo y otros protagonistas de la Transición descubrieron tarde la democracia y quizá algunos no llegaron a ser demócratas del todo, pero alcanzaron un acuerdo para que hubiese un régimen democrático en España. Eso no anula sus errores gravísimos. Y, si empleamos el contexto histórico para explicar algunos de ellos, también habría que usarlo para explicar sus aciertos. Pero sus decisiones y sus renuncias nos beneficiaron a todos. —

POLÉMICA

UN PREMIO PARA ALFREDO

✎ RICARDO CAYUELA GALLY

Algunos son francamente divertidos. Por ejemplo, el que le robó a Ángel Esteban, un académico español, quien publicó un texto titulado “Mi amigo Bryce Echenique” en el *Ideal* de Granada y que Bryce copió parcialmente para alabar el valor de la amistad, en abstracto, en un artículo que además publicó dos veces, en *La Nación* de Argentina y en la revista *Somos de El Comercio* de Lima.

Otros son truculentos, como el caso de Herbert Morote, un ensayista peruano residente en Espa-

ña que le envió a su paisano Bryce Echenique un libro manuscrito sobre los males del Perú para saber su opinión. A Bryce debió de parecerle muy bueno, ya que publicó como suyo el capítulo dos del volumen, dedicado a la desastrosa educación de su país. Morote le exigió una explicación y Bryce se vio obligado a publicar una carta en *El Comercio* de Lima en donde decía que para la elaboración de su texto “La educación en ruinas” le había sido de mucha utilidad el libro de Morote *Pero... ¿tiene solución el Perú?*. Este, insatisfecho con la carta, vagamente cínica, lo acusó de haber copiado literalmente al menos el ochenta por ciento de su trabajo original, con leves retoques de estilo, y lo demandó, pero perdió el juicio. Para el jurado, no se pudo demostrar la preexistencia de su texto (pese a que Morote presentó la declaración jurada de otras cuatro personas que también recibieron el manuscrito para enriquecerlo con sus comentarios y lecturas, práctica normal entre escritores). Además, el crítico Julio Ortega, en apoyo de Bryce, elaboró un “dictamen filológico” que aseguraba sin duda ninguna que el texto en litigio tenía el estilo inconfundible de Bryce. Envalentonado por este triunfo judicial, Bryce hizo declaraciones dignas de sus personajes más repelentes, esas señoritas limeñas habituales del Country Club que desprecian clasistamente al resto de sus ciudadanos, acusando a Morote de querer vivir de su fama y buen nombre.

Este juicio, sin embargo, de amplia publicidad en Perú, celebrado en el año 2006, destapó la caja de Pandora, y gracias a diversas investigaciones periodísticas, los plagios empezaron a multiplicarse como panes que son peces bíblicos. El analógico ensayista Bryce Echenique no estaba preparado para el nuevo mundo digital. Los textos copiados superan la treintena. Algunos, burdos *copy-paste*, incluido el título. En dieciséis casos, existe ya una condena en firme por el organismo encargado de la



Fotografía: AP Photo/Ramón Espinosa

+De plagio en plagio hasta el premio final.

protección intelectual en el Perú, que obliga además a un pago de cincuenta mil dólares. Bryce recusó no alegando su inocencia, que grita en público, sino errores de procedimiento jurídico. El caso sigue su laberíntico curso por los pasillos de la justicia peruana.

Al calor de estos hechos, Julio Ortega volvió a romper una lanza por su amigo y en un artículo en *El Comercio* de Lima en agosto de 2007 defendió el plagio como un arte, glosó su genealogía y justificó esta práctica como una valiente desmitificación del autor, como hace Bryce en sus novelas con el yo narrativo. Y entre bromas y veras reveló un secreto entre ambos, un juego literario: el prólogo a los cuentos de Julio Ramón Ribeyro, que firma Bryce, en realidad lo escribió Ortega. Remata, con humor, que nunca había escrito mejor.

El caso más sonado fue el del ex embajador del Perú en la ONU, Oswaldo de Rivero, quien acusó a Bryce de publicar como suyo un

detallado análisis de política internacional que el diplomático había publicado con anterioridad en la revista *Quehacer*. Bryce, ante el renombre de su nueva víctima, acusó en carta pública a su secretaria de haber confundido los archivos en su envío al periódico.

Bryce ha plagiado lo mismo a reconocidos autores españoles, como Sergi Pàmies, que a oscuros académicos. Sus gustos como plagiar van de la geopolítica, de preferencia políticamente correcta, como el declive del poder americano (a Graham E. Fuller en *La Vanguardia*), a la vida cotidiana, como el uso social del tabaco (a Eulàlia Solé, también en *La Vanguardia*). Pero, claro, su especialidad es la alta disquisición literaria, con temas de tanto vuelo como la correspondencia de Pound y Joyce (a Odile Baron Supervielle en *La Nación*) o la angustia de Kafka (a Juan Carlos Ponce en *Jano*).

En el Perú incluso se busca el primer plagio documentado de Bryce, el robo primigenio. Uno de sus primeros es curioso porque revela su *modus operandi*. A la muerte de Julio Cortázar, Guillermo Niño de Guzmán, un lúcido narrador y crítico peruano, escribió una apasionada despedida titulada “Cortázar, enormísimo cronopio”, que reapareció como texto de Bryce años después en un libro recopilación de ensayos (*Crónicas perdidas*, Peisa, 2001) bajo el título “*Rayuela*, Cortázar y un Cronopio muy grande”. Bryce coincidió con Julio Cortázar en París y tenía en su propia vida material de sobra para hacer un gran ensayo sobre su amigo Cortázar, pero prefirió retocar los adjetivos y la sintaxis de un texto ajeno.

Bryce es un narrador interesante, pero dueño de un único registro: la burla cómplice de la clase alta peruana, cuya oralidad desdeñosa ha registrado literariamente para siempre. En el culto a la celebridad literaria en el que vivimos, el nombre del autor de *Un mundo para Julius* se convirtió en un reclamo, perseguido por editores de toda condición, como ha señalado Fer-

nando Escalante Gonzalbo. Y él, incapaz, por las razones que sean, de escribir profesionalmente en los periódicos, en lugar de guardar un honroso silencio, buscó una salida falsa a este exigencia de la “cultura del espectáculo”.

Curiosamente, el Premio FIL ya no se llama Juan Rulfo porque Tomás Segovia dijo en el discurso de aceptación que había algo de milagroso en el talento de Rulfo, lo que indignó a su familia. En realidad, Segovia estaba haciendo un elogio de Rulfo al decir que no era un intelectual, sino un artista, que tuvo la honestidad de resistir a los cantos de sirena del mercado editorial, consciente de que su obra se limitaba a dos prodigios. Entereza de la que Bryce carece.

Amigo de sus amigos (salvo cuando los plagia), juerguista infatigable, gran conversador, narrador de fuste, Bryce encarna lo mejor y peor del mundo de las letras. Su obra narrativa seguirá leyéndose por sus altos méritos, pero su obra ensayística está inmersa en un deshonesto torbellino. La FIL, con su vocación pedagógica, no puede normalizar el plagio como una práctica menor, una picardía intrascendente a la que tienen derecho los grandes autores.

Ante el abismo moral de premiar a un no-amigo, con las impredecibles consecuencias que este acto extraño podría tener, el jurado del premio FIL le ha hecho un muy flaco favor a la mayor feria del mundo en español. Lo peor es que para cualquiera enterado de los usos y costumbres del mundo literario no resultará difícil reconstruir las deliberaciones de un jurado integrado por Julio Ortega, amigo y aval de Bryce en las duras y las maduras, y por Jorge Volpi, una trayectoria se podría quizá injustamente resumir así: donde las hay, las toma.

Por último, a modo de sugerencia, una pequeña lista de autores en lengua romance: José Emilio Pacheco, Eduardo Lizalde, Elena Poniatowska, Roberto Calasso, Antonio Cisneros, José Watanabe,

Ricardo Piglia, Jean Echenoz, Pierre Michon, Claudio Magris, Félix de Azúa, Quim Monzó, Norman Manea, Enrique Vila-Matas, Jorge Edwards, Javier Marías..., con más obra y honestidad que Alfredo Bryce Echenique. —

INTERNACIONAL LOS DOS DEBATES CON EL MUNDO MUSULMÁN

✎ JORDI PÉREZ COLOMÉ

Desde 1979 no moría un embajador americano en acto de servicio. Fue en Afganistán. En total han asesinado a seis desde 1965. La muerte del embajador Chris Stevens en un ataque al consulado americano en Bengasi (Libia) es por tanto una noticia destacada. Junto a Stevens, murió otro diplomático y dos miembros de la seguridad privada.

Libia vivió la protesta más sangrienta, pero fueron más numerosas las de Egipto —que además fue la primera—, Yemen, Túnez, Sudán y Líbano. En total ha habido manifestaciones en más de veinte países. El gobierno de Estados Unidos no prevé que desaparezcan en breve.

El motivo inicial en todos los casos es el mismo: un vídeo ridículo de catorce minutos que pretende caricaturizar a Mahoma. Pero este tipo de reacciones no son nuevas. La más célebre y desgraciada —murieron más de cien personas— fue la provocada por unos chistes publicados por el diario danés *Jyllands-Posten* en 2005. Seis meses después de la aparición de esos chistes, un ministro italiano, Roberto Calderoli, de la Liga Norte, llevó una camiseta con uno de ellos. Una protesta ante el consulado italiano de Bengasi dejó diez muertos.

La diferencia entre aquellos ataques en Bengasi y este es el éxito que ha tenido. El ejército de Gadafi estaba mejor preparado para frenar el ataque o —más probable— los manifestantes no disponían ni de la organización ni las armas que



Fotografía: Getty Images

+Ira en el otoño árabe.

sí tienen en 2012. Esto ha llevado a muchos a pensar que la primavera árabe ha sido un paso atrás. “¿Mereció la pena la primavera árabe?”, se preguntaba la CNN.

Hay que poner las cosas en su sitio. Desde 2011 al menos cuatro nuevos países árabes intentan instaurar algo parecido a una democracia. Son sistemas en transición. Ni son dictaduras ni son democracias: ya no como las occidentales, sino como la turca o indonesia, dos modelos aceptables para casi todos.

Estos cuatro países son Egipto, Túnez, Libia y Yemen. Cada nación tiene características distintas. En Libia la seguridad no es la que era y las milicias que lucharon contra Gaddafi campan con más libertad. En Yemen, los aviones sin piloto americanos dejan civiles muertos cuando bombardean algún pueblo, convoy o campamento para intentar acabar con miembros de Al Qaeda en la Península Arábiga, el grupo más activo hoy de la banda. En Egipto y Túnez, los salafistas –suníes que pretenden

seguir el modo de vida de los musulmanes de la época del profeta– tienen más recursos y ganas de hacerse ver.

Para todos estos implicados en la lucha por el poder en sus países, un vídeo así es una oportunidad para ganar votos, influencia y seguidores. No van a desaprovecharlo. Hay ejemplos continuos en la historia reciente. El ayatolá iraní Jomeini usó con maestría el asalto a la embajada americana en Teherán para denunciar los abusos del sha y unir a sus ciudadanos contra un enemigo exterior. Su fetua contra el novelista Salman Rushdie años después ayudó a disimular las consecuencias de la catastrófica guerra con Iraq.

En 2012 ocurren también sin cesar hechos terribles pero que son menos noticia porque no muere ningún embajador. En Pakistán, este verano, imanes fundamentalistas pedían venganza contra cristianos porque una niña psíquicamente discapacitada había quemado páginas del Corán.

Ante hechos así, los islamistas más moderados que mandan en Egipto y en Túnez ven con preocupación cómo otros defienden con más pasión al profeta y a su religión. Para evitar perder peso a manos de esos radicales, los moderados disimulan, condenan el vídeo pero no la violencia o no despliegan a sus policías con fuerza. Es un equilibrio imposible. Desde fuera, se les ve como impotentes o, peor, conniventes.

Más allá de estos tejemanejes políticos, no hay que exagerar la importancia de las protestas. La mayoría de los ciudadanos que salieron a la calle lo hicieron con la pretensión de manifestarse en paz. En todas las crónicas de los disturbios se ve que los realmente implicados en saltar muros, cambiar banderas o robar son solo unas docenas de personas.

La lenta primavera árabe no está en peligro. La lucha por la democracia es un objetivo admirable para una revuelta, pero gobernar y discutir es más complicado. Habrá más sustos y más dudas, pero el camino

hacia más libertad en el mundo árabe de momento no se ha detenido.

En este debate hay algo más espinoso y con una solución más compleja que queda oculto tras la violencia: muchos musulmanes que defienden la democracia tienen reparos serios con la libertad total de expresión. El primer ministro turco, Recep Tayyip Erdogan, lo explica así: “Soy el primer ministro de una nación en la que la mayoría de la población es musulmana, y que ha declarado el antisemitismo un crimen contra la humanidad. Pero Occidente no ha reconocido la islamofobia como crimen contra la humanidad, sino que la ha promovido”.

La trampa de Erdogan aquí es obviar que Occidente condena el antisemitismo como una forma de racismo, pero que permite la libre expresión de esas ideas. Solo la negación del Holocausto es delito en bastantes países europeos, aunque no en España y tampoco, por supuesto, en Estados Unidos.

El líder de los Hermanos Musulmanes en Egipto, Mohamed Badie, dijo algo parecido a Erdogan: “Estos actos continuarán provocando que musulmanes devotos en todo el mundo sospechen y odien a Occidente, especialmente a Estados Unidos, por permitir que sus ciudadanos violen la santidad de lo que ellos creen sagrado. Por supuesto, estos ataques no quedan dentro de la libertad de opinión o pensamiento.”

Para una mente occidental esto es difícil de entender. También lo es que muchos musulmanes den más importancia a un ataque contra Mahoma que a la violencia contra un ser humano. En una crónica del *New York Times* sobre este hecho, un teólogo musulmán dice que “nuestro profeta nos resulta más valioso que nuestra familia o nación”. Muchos otros le secundan, según el periodista.

Esta diferencia no se resolverá en breve. Habría un modo al menos de limitar sus consecuencias: erradicar la violencia. Erdogan, a pesar de su discurso ambiguo, lo ha logrado

y presume: su gobierno ha actuado con mano firme contra los radicales y su papel tiene menos peso. En Turquía hubo una pequeña protesta por el vídeo, pero no pasó de unos cuantos gritos. Erdogan en esto se parece, salvando las enormes distancias, a Irán: dejan gritar en su país para disimular y luego se erigen en líderes del mundo musulmán. Pero ni rastro de violencia en Ankara o Teherán.

Entre los árabes hay en cambio partidarios firmes de la violencia: Al Qaeda, Hezbolá, Ansar al Sharia. El objetivo de sus gobiernos debe ser su derrota. Las nuevas democracias deben dejar de jugar con fuego y detener a los culpables. Sin embargo, la labor de convencer sobre la necesidad de una libertad de expresión total será más ardua. —

INTERNACIONAL LAS PALABRAS DE LA TRIBU

✎ LUISA BONILLA

Michael Ignatieff (Toronto, 1947) es un divulgador, un estudioso de la política y un defensor de una mirada compleja sobre las cosas, autor de libros como *El honor del guerrero*. Guerra étnica y conciencia moderna (1999, 2004) y *El mal menor* (2005), o *Isaiah Berlin*. Una vida (1999), todos publicados en Taurus. Entre 2008 y 2011 fue líder del Partido Liberal de Canadá. *Sangre y pertenencia*. Viajes por el nuevo nacionalismo (*El Hombre del Tres*, 2012) es un recorrido por la antigua Yugoslavia, Alemania, Ucrania, Quebec, Kurdistán e Irlanda del Norte de principios de los años noventa. El volumen es también un intento de comprender la pulsión nacionalista y una defensa de las reglas democráticas y cívicas. Muchas de sus observaciones siguen siendo oportunas, perspicaces y desasosegantes.

Han pasado casi veinte años desde que *Sangre y pertenencia* apareció en inglés por primera vez. ¿Ha cambiado el mundo de la forma que esperaba?



Fotografía: Canadian International Council (cc)

✦ Michael Ignatieff: “El nacionalismo económico siempre promete un futuro radiante.”

Nunca lo hace. En 1989, esperábamos que los regímenes autoritarios fueran reemplazados por regímenes liberales, constitucionales y democráticos. Nos hemos llevado dos sorpresas. Los países surgidos del imperio soviético y sus “vecinos cercanos” movilizaron a la población siguiendo las líneas de división étnica, de modo que cuando la democracia llegó a los Balcanes adoptó la forma de una tiranía étnica de la mayoría, a la que siguieron la limpieza étnica y la guerra. La segunda sorpresa ha estado en el desarrollo tanto de Rusia como de China. Pensábamos que ambas podrían estar en el camino del pluralismo político y creíamos que tarde o temprano la libertad económica llevaría a la libertad política. Lo que vemos ahora en China y Rusia es algo nuevo: las élites del partido único usan el capitalismo para consolidar el gobierno autoritario. Pensábamos que la historia era el relato de la libertad. No es así.

En parte, *Sangre y pertenencia* es un intento de entender qué es lo que resulta atractivo del nacionalismo. ¿Comprende mejor ahora qué hace que alguien se vuelva nacionalista?

Ser nacionalista es creer que no puedes ser tú mismo de manera completa si no puedes hablar tu propio idioma, transmitir las mejores tradiciones a tus hijos y salvaguardar, a través de la política, la identidad nacional del pueblo al que perteneces. En su mejor versión, el nacionalismo defiende la idea de que los individuos necesitan un hogar nacional para florecer y transmitir lo que les parece valioso. En su peor versión, el nacionalismo puede convertirse en un argumento que justifique el rechazo a compartir tu hogar con quien sea distinto a ti. Hay un nacionalismo compatible con el pluralismo, la protección constitucional y el respeto a la diferencia, y esa forma de nacionalismo cívico es esencial para cualquier democracia.

En el libro analiza distintos ejemplos de nacionalismo. Hay algunos elementos comunes: el pasado y la distorsión del pasado, la importancia del lenguaje, la religión, el narcisismo de la pequeña diferencia... ¿Qué tienen en común? ¿En qué circunstancias se convierte el nacionalismo en una patología?

Hay dos problemas con el nacionalismo. El primero surge cuando los

imperios o los Estados se derrumban, como en 1989, y la gente mira a su alrededor y se pregunta: ¿quién va a protegerme ahora? Los nacionalistas étnicos ofrecen una respuesta: tu propio pueblo te protegerá, pero antes tienes que librarte de todos los demás. Cuando el nacionalismo étnico da esa clase de respuesta al problema existencial del orden, los conflictos son inevitables. Las horribles guerras de la antigua Yugoslavia son un ejemplo: la gente huía para refugiarse en la seguridad de los señores de la guerra y los demagogos étnicos, porque prometían protección de los enemigos reales e imaginarios. El segundo problema —y esto tiene que ver con el narcisismo de la pequeña diferencia— es el problema de la mala fe. Las auténticas diferencias que separan a grupos étnicos o religiosos, especialmente cuando han existido matrimonios mixtos, son a menudo muy pequeñas. Las ideologías nacionalistas tienden a exagerar esas diferencias e intentan convertir diferencias menores en diferencias importantes, a fin de movilizar a su pueblo contra todos los demás. Así, el nacionalismo se convierte en una forma de *kitsch*, donde una pequeña diferencia folclórica se magnifica, y donde se niega cualquier similitud con los demás. Este “narcisismo de la pequeña diferencia” puede llevar a odios inventados e incluso a enfrentamientos bélicos entre grupos que, en todo lo demás, son bastante parecidos.

Dice que las sociedades nacionalistas corren el peligro de ser autoritarias, pero que la democracia no es un antídoto suficiente contra el nacionalismo. ¿Por qué? Los demagogos nacionalistas —Milošević en Serbia, Tuđman en Croacia, Izetbegović en Bosnia, Lukashenko en Bielorrusia— fomentan los sentimientos nacionalistas para consolidar su poder personal. Crean un “nosotros” contra “ellos” y tratan a sus oponentes domésticos como enemigos y traidores. Usan formas de democracia plebiscitaria para consolidar el gobierno autoritario. La cuestión electoral se convierte en: ¿estás con nosotros o

con ellos? Cuando llegan al poder, manipulan el miedo nacionalista a los *outsiders* para permanecer en esa posición.

Del mismo modo, los sentimientos nacionalistas pueden ser una fuente poderosa de instintos democráticos positivos. La primavera árabe dio muchos ejemplos en ese sentido. Cuando les pedían que explicasen la euforia que les producía el derrocamiento de Mubarak, los manifestantes de la plaza Tahrir decían: “Por fin me siento egipcio.” O decían que ellos eran el auténtico Egipto. Eran expresiones de un sentimiento nacionalista vinculado a la soberanía democrática.

En cierta manera, el libro constata el fracaso o la imposibilidad del ideal cosmopolita.

Los cosmopolitas siempre son gente con pasaporte. Siempre tienen una nación o un país que los acepta y les da protección. Por eso, la forma de pensar del cosmopolita —soy un ciudadano del mundo, estoy en casa en todas partes— descansa, en último término, en la seguridad y la protección que dan Estados nacionales concretos.

En los últimos años algunos nacionalismos europeos, como el catalán o el escocés, han transformado sus exigencias lingüísticas y culturales, en demandas económicas.

Siempre ha habido una base económica en nacionalismos como el escocés y el catalán. Su argumento es que el Estado central se lleva recursos de esas regiones y que habría que devolvérselos. Hay dos preguntas que se pueden plantear sobre eso: en términos morales, ¿por qué los recursos desarrollados en una región deberían ser propiedad exclusiva de esa región y no de todas las regiones de ese país, si han contribuido al desarrollo de esos recursos? Y, cuando las regiones reivindican una jurisdicción exclusiva sobre su riqueza y sus recursos, ¿conseguirla producirá realmente la resolución de sus problemas de

desarrollo? El nacionalismo económico siempre promete un futuro radiante y prometedor. A veces, ese futuro nunca llega.

Ha dedicado muchos años a estudiar la política y la teoría política. Y también ha tenido una experiencia directa de la práctica política. ¿Qué le ha enseñado esa experiencia?

Ser político durante cinco años me ha enseñado que lo que hace un político honrado es importante: unir a la gente, concentrarla en torno a planes colectivos de acción y hacer que las cosas ocurran. Los académicos no podemos hacer eso. Podemos estudiar el mundo pero, como dijo alguien, el asunto es cambiarlo. —

DEPORTE

ORGULLO DE NUEVO RICO

✎ MALCOLM OTERO BARRAL

Rafael Sánchez Ferlosio, en un artículo titulado “¡Y que afán de ganar y ganar!” ya nos advertía hace dos años del peligro que supone que el deporte sea un instrumento de esa pasión dañina que es el patriotismo. Nos recordaba también cómo la victoria, deportiva o guerrera, es el método de autoafirmación colectiva del totalitarismo. Pero lo determinante es el papel que tienen los medios de comunicación en la perpetuación de ese nacionalismo deportivo. No hace falta un análisis muy exhaustivo de la prensa para darse cuenta de que el deporte importa informativamente si apela a sentimientos nacionales. El lector habrá notado no solo el aumento del espacio que la prensa le dedica al baloncesto de la NBA desde que juegan —y triunfan— jugadores españoles sino que, en algunos periódicos, solamente se detallan las puntuaciones de los partidos en los que han participado jugadores de nuestro país. Esto es, aunque desde un punto de vista teórico cabría la posibilidad de que a usted le interesara el baloncesto americano jugaran o no jugadores españoles, estos diarios no

contemplan esa opción. También habrá observado cómo la información sobre automovilismo fluctúa en función de lo exitosa que esté siendo la campaña de nuestro corredor estrella. Porque participar es, claramente, lo de menos. Lo importante es que podamos sentirnos orgullosos de nuestros compatriotas. ¿Pero orgullosos de qué? Uno podría entender la idea perversa de que la prosperidad de nuestro país ha sido paralela al aumento de logros deportivos y que, en consecuencia, esos logros no son más que síntomas de nuestro éxito como nación. Pero ese orgullo de nuevo rico no es más que el efecto de la construcción mediática del mito. Ya en los oscuros días de la dictadura en los que se ensalzaba la célebre *nación viril* franquista (en tanto que estábamos en una cruzada contra el marxismo y las conspiraciones judeo-masónicas) se forjaba la imagen del deportista como héroe. Fuera el tenista Manolo Santana o el esquiador Francisco Fernández Ochoa, nuestros deportistas eran símbolos de una España falsamente triunfal.

Hoy, y a pesar de la desaparición de la imagen del enemigo, el periodismo deportivo español mantiene las querencias de aquella España supuestamente heroica. Las analogías entre lo castrense y lo deportivo se extienden también al lenguaje y, aunque afortunadamente ya nadie se atreve a referirse a la raza, son constantes las llamadas a la garra, a la bravura y a la furia española. El lector está acostumbrado a que cualquier victoria deportiva se narre como una gesta épica y no le sorprende, y por tanto no le incomoda, que las noticias estén impregnadas de un patriotismo simplón pero tan efectivo que hace que un agricultor cántabro sienta que un tenista mallorquín —que en principio juega atendiendo a intereses meramente individuales— le representa de algún modo.

Usted pensará que eso debe de suceder del mismo modo en todas partes y que no somos ninguna ex-

cepción. Efectivamente, el deportista de élite es la estampa misma del éxito y simboliza como nadie la ya incuestionable cultura del esfuerzo por la que tras mucho sufrimiento y entrenamiento llega a la merecida victoria. En el deporte profesional, además, ese triunfo suele venir acompañado de dinero. Como indirectamente nos advertía una estrella futbolística portuguesa: ¿quién no quiere ser un reverenciado joven millonario? Sí, en todas partes los más destacados deportistas son objeto de admiración y, tal y como nos decía Ferlosio, la esencia del deporte es la redundancia de la victoria y por tanto una herramienta certera que nacionalismos de todo pelaje utilizan de modo muy recurrente y eficaz. Pero no en todos los países que tienen jugadores en la NBA hay periódicos de tirada nacional que circunscriben la información al desempeño de “nuestros muchachos”; no en todas partes un periódico abre un especial del *us Open* que desaparece (para ser un breve) en cuanto “nuestro” tenista cae eliminado; no en todos los países el espacio que los medios dedican al Tour de France depende de que un connacional tenga posibilidades de ganarlo.

Existe también el reverso perverso de este fenómeno periodístico que transmite al lector una información manipulada: al día siguiente de que la selección española ganara el Mundial o la Eurocopa prácticamente todos los periódicos en catalán sacaron en portada solamente a jugadores del Barça, en algún caso con banderas catalanas. Si ya es sonrojante el modo en que los medios glosan la presunta gloria deportiva, todavía lo es más la disputa por la nacionalidad de los *héroes*.

Es muy sorprendente que en un país en el que todo el mundo evita ser tildado de nacionalista y se buscan todo tipo de eufemismos (cada uno de los nacionalismos periféricos tiene el suyo) se asuma con normalidad que el premio Príncipe de Asturias se le conceda a un co-



+¿Ganó él o ganamos nosotros?

redor de bolidos asturiano en lugar de al mejor piloto de todos los tiempos por el hecho —involuntario— de ser alemán. O se acepte ese principio patriótico por el que, en los Juegos Olímpicos, la televisión decide no retransmitir un deporte popular para que se retransmita una disciplina en la que hay un español aunque no tenga posibilidad alguna de ganar.

Obviamente cada uno está en su derecho de admirar a los corredores de Ferrari, a los jugadores de equipos controlados por empresarios de Abu Dabi o a los tenistas patrocinados por coches surcoreanos. Pero intentar que representen valores universales y, sobre todo, que encarnen supuestas virtudes nacionales no es solamente ilusorio, es altamente peligroso. —